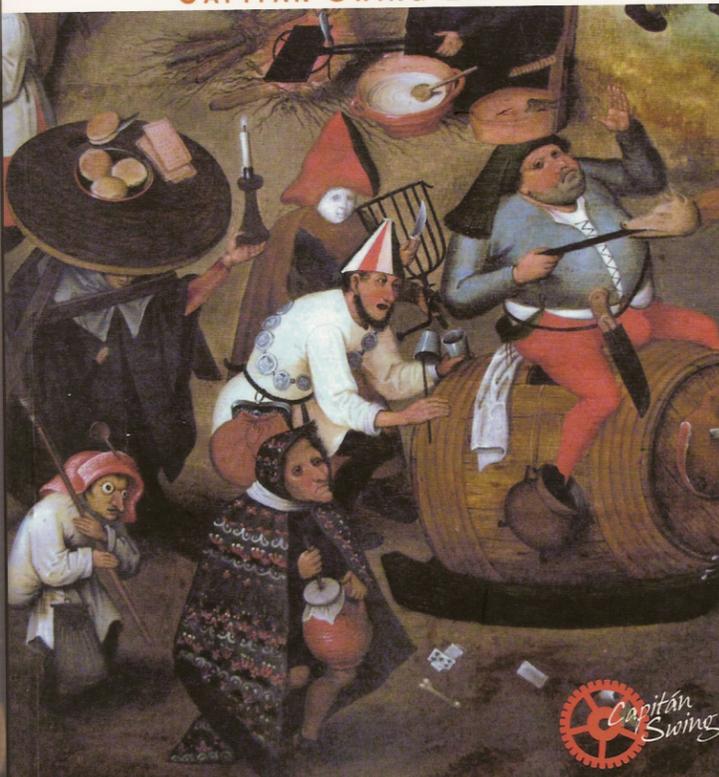


Henri Pirenne

## LA DEMOCRACIA URBANA: UNA VIEJA HISTORIA

CAPITÁN SWING LIBROS



HENRI PIRENNE, *La democracia urbana: Una vieja historia (Las antiguas democracias en los Países Bajos)*, presentación de F. L. Ganshof, traducción de Íñigo Jauregui, Capitán Swing Libros, Madrid, 2009, 309 pp. ISBN 978-84-613-1908-4.

DESDE que se doctoró en la Universidad de Lieja, Henri Pirenne se dedicó a profundizar sobre uno de los períodos históricos más discutidos: la Edad Media. Su fama a lo largo del siglo XX fue decreciente; si bien es cierto que algunas de sus tesis sobre el comienzo de la Edad Media fueron polémicas, pasado el tiempo su obra ha sido en gran parte olvidada, aunque figure como uno de los clásicos más imprescindibles para entender ese período. El logro de Pirenne fue desbancar muchos de los tópicos que había construido una historiografía algo sesgada para la que la Historia, con mayúscula, comenzaba con el Renacimiento. El historiador belga viene a recordarnos, sin embargo, que lo que floreció a lo largo del siglo XV y después se gestó durante el medioevo.

*La democracia urbana: una vieja historia* es interesante por varios motivos. En primer lugar, porque se trata realmente de un tratado que explica el nacimiento, el desarrollo y la devaluación de los municipios. En segundo lugar, porque el modelo de ciudad medieval, especialmente el de los Países Bajos, sorprende por su modernidad. En tercer lugar, porque como buen historiador el empleo de los datos empíricos ofrece la posibilidad de generalizaciones y categorías. Y, en cuarto y último lugar, porque es un libro muy bien escrito que puede leerse casi como una novela.

La introducción ofrece la peculiar visión de Pirenne sobre los ciclos económicos. Oponiéndose a los estudios de Sombart sobre el origen del capitalismo y también a los de Weber, para Pirenne hay un hecho reiterado en la historia: la existencia de una clase capitalista. Con independencia de la concepción técnica y económica sobre ella, el historiador belga cree que las clases sociales excluidas son las que, de una u otra manera, favorecen los cambios y los desarrollos de forma paulatina y que, una vez incluidas en el nuevo sistema social, se consolidan, se asientan en sus privilegios y se hacen conservadoras. Pero la historia ha de repetirse con aquellos que no fueron incluidos en el nuevo sistema. Más allá de esta visión cíclica de la historia, interesa destacar que el objetivo de Pirenne es demostrar que durante la Edad Media se configuran casi definitivamente los principales rasgos del capitalismo: en concreto, se desarrolla la empresa individual, se mejora el sistema crediticio, aparecen los instrumentos jurídicos y económicos que canalizan el empleo del capital y se conforma una clase en torno a la especulación. De ahí que pueda decir que la diferencia entre este capitalismo incipiente de la Edad Media y el capitalismo posterior sea de cantidad y no de calidad. La ciudad es el contexto perfecto para que la nueva clase social explote las posibilidades de su peculiar forma de vida.



El grueso de este ensayo está dedicado a analizar el surgimiento de los núcleos urbanos y su configuración política y económica. No está de más recordar la famosa “Tesis Pirenne”, según la cual la Edad Media, y el feudalismo, aparecen en confrontación con las invasiones musulmanas, como la respuesta, por emplear el título del famoso libro, de Carlomagno a Mahoma. No existe una línea de continuidad entre la *polis* griega, la *civitas* romana y el municipio medieval y es particularmente importante analizar sus diferencias. En efecto, la ciudad antigua se consolidaba como el centro político, administrativo y religioso de una periferia; en cambio, el municipio medieval es, por decirlo así, centro y periferia, una isla administrativa y política independiente. El antecedente de las ciudades se encuentra, sostiene Pirenne, en los *castra* y *portus*. Estos lugares de defensa, estratégicamente militares, se convierten con el paso del tiempo, y debido sobre todo a un paulatino aumento de la seguridad, en el sedimento de un nuevo centro de poder. Pirenne utiliza, en este sentido, la historia de algunas ciudades de los Países Bajos para demostrar sus tesis, pero afirma que lo que ocurrió en ellas es un fenómeno generalizado en toda Europa y, por tanto, tiene carácter de categoría.

Ahora bien, los individuos que van asentándose en los espacios dejados por los *castra* y *portus*, innovadores, interesados en cambiar su posición económica y, como se destaca repetidamente, inteligentes, promueven reformas económicas, jurídicas y, un poco más tarde en el tiempo, administrativas. Para el historiador belga, el surgimiento de estos primeros núcleos urbanos es espontáneo: los nuevos hombres van ocupando los espacios liberados de la intervención del poder político o eclesiástico. Ciertamente es que el príncipe estaba ocupado con otras cosas como para prestar una atención especial a aquellos hombres, en principio sin poder, que aprovechaban los resquicios dejados por las defensas militares. El poder eclesiástico sí que vio con preocupación el uso generalizado de la usura, por lo que el nacimiento de las ciudades en enclaves eclesiásticos fue algo más lento.

No es casual la localización de los primeros municipios, como tampoco lo es que se levantaran sobre lugares de defensa estratégica. *Castra* y *portus* se encontraban en la confluencia de las rutas militares y son éstas coordinadas las que aprovecha el comercio como vía comercial. Los primeros comerciantes no fueron quienes idearon las infraestructuras: éstas ya estaban hechas en épocas bien remotas; simplemente aprovecharon, con ingenio y astucia, los medios que ofrecía el mundo medieval para su propio interés. Viviendo como marginados del poder, contaron por ello con un amplio abanico de posibilidades: casi desheredados, fueron quienes con su inventiva idearon reformas jurídicas, especialmente relativas a los créditos, y quienes permitieron la consolidación de los usos mercantiles. Usos, por otra parte, que en buena parte han sido recogidos por los diferentes códigos de comercio del mundo.

La vida municipal surgió, de esta forma, como autogobierno porque el poder político no sospechaba la trascendencia que podía tener las reformas previstas por los primeros burgueses. Pirenne caracteriza la vida municipal como esencialmente libre y es precisamente esa libertad la que permite la configuración de una clase capitalista y comercial que de excluida pasa a convertirse, como veremos, en excluyente. La vida municipal, dejada al albur de su dinámica, desarrolló, con el fin de suplir la protección del poder, un espíritu de fraternidad que fue el origen de las asociaciones, gremios, hansas y diversas corporaciones. En ellas se percibe ya el rasgo de una mutualidad que excede con creces el campo económico y se introduce de soslayo en los márgenes marcados por la caridad. No es de extrañar, por ello, que, por ejemplo, las viudas

de los miembros contarán con el respaldo de los compañeros del difunto y sufragarán diversos gastos.

Los sentimientos de camaradería no fueron, sin embargo, obstáculo para el surgimiento de las diferencias sociales. Se habla al respecto de un patriciado incipiente que tuvo, desde sus inicios, la tarea de alzar la voz de las reivindicaciones. Porque en toda comunidad surge el poder y porque toda comunidad tiende a organizarse. La ciudad espontánea da paso a la ciudad administrativa, al municipio organizado. Por todo ello, la formación de la ciudad requirió la intervención del príncipe. El patriciado, la clase más adinerada, reivindicó un estatuto privilegiado y ciertas exenciones en relación con el ordenamiento jurídico existente, el *ius commune*. Pirenne afirma: “El burgués, como el noble, era un privilegiado y es en este punto donde la ciudad de la Edad Media se diferencia de la antigua”. Surge, de esa forma, el derecho de la ciudad como una excepción frente al régimen del *ius commune*, un derecho cuyos rasgos, ciertamente, pasan al Derecho moderno y de ahí terminan codificándose en el siglo XIX.

Sirviéndose de su tesis sobre los ciclos históricos, Pirenne sostiene que las clases sociales más adineradas protagonizaron el primer período de la formación de las ciudades. Son, en sus palabras, los innovadores que reivindican los privilegios pero que al tiempo se convierten ellos mismos en unos privilegiados. Esa plutocracia, sin embargo, dará paso a las primeras revoluciones urbanas, de corte republicano, que exigen una profundización del municipio en sus fundamentos democráticos. Durante el siglo XIII se desarrolla lo que el historiador belga denomina “el levantamiento del vulgo”, que se estudia detenidamente en los casos de Lieja y Flandes. Sin embargo, para Pirenne la importancia de la corporación y del gremio en la vida social, económica, pero también personal, debilita la democracia: se trata, específica, de “democracias de privilegiados”, de carácter grupal, porque el individuo se debía, antes que nada, a su corporación. No existía, por decirlo así, ninguna suerte de interés común. El nacimiento de la ciudad, que estuvo relacionado con la búsqueda del privilegio, también se desarrolla siempre con excepcionalidad. Se trataba de una democracia de entidades corporativas que aunque en oposición a un régimen plutocrático no supuso, ciertamente, ningún cambio profundo o radical.

La historia posterior es bien conocida, pero en la pluma de Pirenne los ejemplos y las afirmaciones suenan con toda su relevancia histórica. El fracaso del régimen republicano de los municipios se explica, según el historiador belga, por la propia dinámica del asociacionismo. El espíritu corporativo impidió, según esta argumentación, el nacimiento de una verdadera política, capaz de oponerse a la penetración del poder ya estatalizado del monarca. La excepcionalidad jurídica y administrativa de la ciudad fue, de esa forma, también su ruina. La nobleza y el clero se aliaron con los príncipes para imponerse a una burguesía cada vez más crecida. La incipiente política centralista de los nuevos estados resultaba incompatible con el régimen privilegiado y esa isla de exención jurídica que representaba la ciudad. Por otro lado, la propia idea de comercio requería la supresión de las particularidades y la superación del proteccionismo. Frente al nuevo interés, el del reino, el del burgo se encuentra inerme, concluye Pirenne.

**José María Carabante**

